

# DON ANTONIO DE QUINTANILLA, MARISCAL DE CAMPO

*Humberto Vaccaro Cuevas  
Capitán de Navío*

 En la publicación denominada Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, en el N° 1 de la Serie Verde (Historia), un volumen de pequeño formato y de 140 páginas, sin fecha de impresión, fue editada —posiblemente en el año 1953— una autobiografía del Mariscal de Campo don Antonio de Quintanilla, hasta entonces inédita, con prólogo, transcripción y notas de Carlos Besa Lyon, datados en diciembre de 1952, publicación que contiene interesantísimas informaciones de muchas de las principales acciones militares de la Guerra de la Independencia de Chile, informaciones que tienen el insustituible valor de provenir de uno de los actores de primera fila del bando español, como lo fuera el Mariscal de Campo don Antonio de Quintanilla, a quien nuestras generaciones apenas si lo recuerdan tan solo como el denodado sostenedor de las armas españolas en la isla grande de Chiloé, cuyo dominio sólo pudo conquistar Chile en enero de 1826, previa capitulación del citado General español, el que —al igual que los jefes y oficiales de las tropas que combatían a sus órdenes— quedaba en posesión de sus grados y empleos si quisiera continuar en ellos.

Resulta (como podremos apreciarlo más adelante) que quien en su juventud fuese un inquieto y audaz comerciante en

abarrotes, e incluso armador activo en el tráfico entre El Callao y los puertos chilenos, debido a los azares de la lucha por la independencia de las provincias españolas en América terminó por ser principalísimo protagonista en la Guerra de la Independencia de Chile y participe en sus principales acciones militares, como actor de primera línea; por consiguiente, los recuerdos que vierte en sus memorias representan el punto de vista español en las acciones que relata, que —como podrá apreciarse— generalmente concuerda y confirma la opinión de nuestros historiadores sobre tales hechos.

En esta oportunidad —en beneficio del espacio— no abarcaremos toda su interesante participación en el período de nuestras guerras de Independencia, desde 1813 hasta 1817, y sólo nos limitaremos a presentar una corta introducción sobre su acercamiento en Chile y un breve resumen de sus actuaciones como Gobernador y Comandante General de Chiloé. En esta exposición utilizaremos con frecuencia las palabras del propio actor y autor, pues ellas dan al relato una frescura local que lo hace mucho más convincente que las expresiones de quien narra hoy lo ocurrido hace ya más de 150 años.

## Introducción

El Mariscal Quintanilla inicia su autobiografía con la siguiente dedicatoria:

### *Biografía*

*del Mariscal de Campo D. Antonio de Quintanilla, Gran Cruz de la Militar Orden de San Hermenegildo Pensionado, Comendador de la Orden Americana de Isabel la Católica y otras por acciones de guerra. Dedicada esta biografía a su querido hijo don Antonio de Quintanilla Alvarez. Año de 1860.*

### *Advertencia*

*Yo escribo mi biografía porque es de moda que muchos Generales den al público impresas las suyas y que las redacten como si fueran por segunda persona, cuya certeza es inverosímil, atendiendo a que los más de los hechos que en ellas constan sólo pueden ser sabidos por los mismos interesados. Yo, sin embargo, del interés que me pudiera resultar de ensalzar mis servicios, diré la pura verdad. No pienso darla a la prensa porque, además del costo que me sería gravoso, observo que las obras de esta especie sólo son leídas por los interesados de la misma familia y algún otro amigo, que si no lo es verdadero, sólo la hace para criticar los hechos que en ella constan.*

*Madrid, 9 de septiembre de 1854*

Y entremos en la biografía de Quintanilla:

“... Soy natural del lugar de Pánames, provincia de Santander, hijo de padres nobles y honrados. Yo fui dedicado por mis padres ... al estudio de la latinidad, siendo el pensamiento de ellos que algún día fuera eclesiástico..., pero mi aplicación al latín me era repugnante ... sin embargo, ya traducía regularmente los autores que se enseñaban en el Estudio de Solares”.

En 1802 y cuando aún Quintanilla no cumplía los 14 años, fue enviado por sus padres a América, en compañía de un tío radicado en dicho continente:

“Mi contento con esa determinación fue grande, y como el objeto era dedicarme al comercio hube de aprender aritmética, que en sólo un mes adelanté tanto que el maestro que la enseñaba no sabía más; por allí infiero que yo era de una regular comprensión, que con gusto se me señalaba la carrera de mi vocación”.

Después de cuatro meses de navegación en la fragata *Esperanza*, en junio de 1802, tío y sobrino arribaron a Pernambuco, en Brasil, de allí a Montevideo y luego a Buenos Aires; enseguida cruzan “las trecientas leguas de pampa que median hasta Mendoza y las noventa desde este punto hasta Chile, atravesando la cordillera de los Andes”.

Trabajó como dependiente de comercio en Santiago durante un año, con buenos resultados, y luego fue solicitado desde Concepción por un matrimonio de españoles adinerados, a quienes cooperó en sus negocios como tenedor de libros *ad honórem*; el señor Juan Maza, nombre del comerciante a quien atendía, lo acreditó con una carta para su apoderado en Lima, don Miguel Fernando Burgos.

Este fue el punto de partida de Quintanilla como comerciante independiente, ya que le permitió realizar varios viajes a Chile transportando mercaderías, al principio con capitales “a medias” y luego con capitales propios:

“Mi situación de comerciante aumentó con la de navegante en buque propio en compañía. Yo adquirí algunos conocimientos náuticos y como capitán del buque hubo ocasiones en que sin piloto me dirigía a los puertos intermedios y a Lima. En uno de estos viajes me hallaba en Concepción con mi buque, en el inmediato puerto de Talcahuano, cuando hubo efecto la revolución de Chile”.

La revolución a que se refiere Quintanilla fue el movimiento organizado por Rosas en 1811, en Concepción, cuya Junta de Gobierno resolvió enviar un correo a Valdivia,

por tierra, instando a los revolucionarios de dicha plaza a tomarse el poder y deponer al Gobernador de ella, Alejandro Eagar, y al ingeniero de la misma, Miquel Atero.

Quintanilla procedió a cargar su buque con algunos efectos comerciables y zarpó de inmediato a Valdivia:

“Mi objeto era evitar que se formara allí la Junta revolucionaria... Este servicio, el de adelantarme a la llegada del correo dicho, no tenía otro objeto que hacer un servicio a la nación y al rey de España, no sólo considerándolo como un deber de buen español sino también para vengarme de los ultrajes que los revolucionarios de Chile inferían a los españoles europeos con dicterios y hechos punibles.

Efectivamente, a los tres días de haber salido el correo portador de cartas a los revolucionarios de Valdivia, salí yo del puerto de Talcahuano bajo un viento norte que más era un temporal pero favorable para correrlo y entrar al día siguiente en Valdivia”.

Llegó Quintanilla a Valdivia antes que el correo portador de las cartas revolucionarias, informó al Gobernador, pero éste, con la abulia burocrática que tan bien se había desarrollado en América, no dio mayor importancia al aviso y confió en su “muñequero” de gobernante ladino. Resultado de esta inacción fue que en la misa de día festivo celebrada dos días más tarde, inmediatamente después del *ite missa est*, el cura que oficiaba sacó de su casulla un par de pistolones y apresó al Gobernador y al ingeniero Atero y los envió detenidos bajo escolta a la casa del primero de ellos.

Quintanilla, conocedor de las dificultades existentes para enviar por tierra hasta Concepción a los prisioneros, dado que los araucanos amagaban la región, ofreció su buque para transportarlos bajo custodia, ofrecimiento que fue aceptado con júbilo.

El gracioso ofertante, que se había apresurado a desembarcar su cargamento en Valdivia, se quedó en tierra atendiendo a

su liquidación y dio instrucciones a su piloto para que, una vez en alta mar, llevase a los prisioneros ya fuese a Lima o bien a Chiloé, conforme mejor se presentasen las circunstancias, y que, luego de arribar a su destino, enviase una carta a Valdivia exponiendo en ella que había tomado tal resolución de propia iniciativa y en connivencia con los presos. El buque recaló en Chiloé —con el oficial y la escolta tan mareados que creían haber fondeado en Talcahuano—, y los prisioneros fueron dejados en libertad; la carta explicatoria del piloto se recibió oportunamente en Valdivia; la nave se dirigió a El Callao y Quintanilla, furtivamente, se embarcó en otro buque rumbo a El Callao y una vez allí vendió su nave, pues ya no podría volver a recalar en ningún puerto chileno mientras el país estuviese en poder de los revolucionarios.

Nuestro biógrafo continuó con sus negocios en el Perú y en 1813—cuando contaba poco más de 24 años— desembarcó en Talcahuano trayendo mercaderías por valor de diez mil pesos, todo su capital, que aparecían figurando como de propiedad de un falso dueño, las que depositó en bodegas del puerto. A poco de llegar debió prepararse para regresar al Perú por disposición del Presidente de la Junta, con intimación de no volver a Chile.

Cuando Quintanilla se encontraba listo para cumplir la orden de expulsión recaló en San Vicente, procedente de Chiloé y Valdivia, un ejército español de dos mil hombres al mando del Brigadier de la Real Armada, don Antonio Pareja. Los españoles se apoderaron de Talcahuano, tras vencer la débil resistencia que les opusieron los escasos efectivos que defendían la plaza, parte de los cuales (el Cuerpo de Dragones de la Frontera y otro batallón) se pasaron al bando español; el resto del ejército de Carrera se retiró a Santiago. El hábil comerciante Quintanilla dio entonces a conocer su propiedad de las mercaderías que había ocultado tras el nombre de “un palo blanco” y se dispuso a continuar con sus buenos negocios.

En dichas circunstancias fue cuando se apersonó a Quintanilla un sobrino del obispo de Concepción, don Diego Villodres, para comunicarle que el General Pareja y el obispo lo esperaban en el palacio de este último. La citación tenía por objeto ofrecer a Quintanilla se alistara en el ejército español en calidad de oficial ayudante del General Pareja, quien deseaba que sus oficiales ayudantes fuesen "españoles europeos"; ya habían sido designados para cargos similares dos sobrinos del obispo: "Yo no pude menos que echarme a reír de que me querían enganchar y me propuse resistirlo a toda costa, pues que nunca se me había pasado por la imaginación ser militar ... Sin embargo ... tanto el obispo como el Brigadier Pareja me instaron de tal modo que hube de aceptar a condición de que mi servicio no había de durar más que hasta la llegada del ejército a la capital de Santiago distante 150 leguas, y que según el General era obra de uno a dos meses..."

Y así fue como el hábil comerciante Antonio de Quintanilla se convirtió en Subteniente de Infantería agregado al Batallón Valdivia, ayudante de órdenes del General Pareja, y su enganche, que fue pactado por un lapso de uno a dos meses, hasta que el ejército español entrase a la capital, Santiago, habría de prolongarse durante toda su vida, por más de cuarenta años.

### **Chiloé**

Luego de la victoria patriota de Chacabuco, Marcó del Pont y los restos del ejército realista se retiraron a Valparaíso y procedieron a embarcarse en enorme desorden, con pérdidas de gran parte del equipaje, y dejando en la playa mucha tropa que no pudo embarcarse en razón de que los buques y las embarcaciones menores se encontraban atestados con los españoles que huían acompañados por sus familiares y pertenencias. Marcó del Pont cayó prisionero conjuntamente con el Coronel Barredo, subinspector del ejército. Quintanilla logró embarcarse y zarpar al norte, y previa escala en Huasco para hacer aguada recaló

en El Callao, puerto en el que le esperaba una orden del Virrey que disponía que todos los jefes y oficiales deberían permanecer en El Castillo, excepción hecha del Coronel Quintanilla, quien fue citado a concurrir a Lima.

Compareció Quintanilla ante el virrey Pezuela, quien lo recibió con mucha amabilidad y le expresó que estaba al tanto de sus servicios por información de su yerno, el Brigadier Osorio, y le pidió le hiciese una relación de los desgraciados acontecimientos acaecidos en la guerra librada contra los insurgentes en Chile.

Pezuela propuso a Quintanilla regresar a Chile con el cargo de Gobernador de Chiloé y Comandante General de dicha provincia, ofrecimiento que Quintanilla aceptó y para cuyo efecto zarpó desde El Callao en una expedición con destino a Talcahuano, la que transportaba oficiales y soldados del ejército realista de Chile que habían abandonado el país después de la batalla de Chacabuco.

Durante la navegación de esta expedición destinada a combatir a los revolucionarios en Chile, sucedieron algunos entretelones poco conocidos, tanto relacionados con los azares de una navegación en condiciones desfavorables como debidos a la gestación de un motín entre las tropas, en su mayor parte compuesta de chilenos, que pretendieron levantarse en contra de sus oficiales y pasarse al enemigo en el caso de que la provincia de Concepción estuviese en poder de las fuerzas revolucionarias. Quintanilla, que fue informado secretamente del golpe proyectado, tomó de inmediato partido por el Rey y comenzó a preparar una acción antimotín, la que no fue necesario realizar porque al arribar a Talcahuano encontraron que la plaza se encontraba a las órdenes del Brigadier Ordóñez, con tropas leales al Rey.

Ordóñez, al recibir estos refuerzos, organizó una acción militar en contra de las tropas revolucionarias acantonadas en Concepción, la que terminó en un combate

de resultados desfavorables para las fuerzas del Rey, que perdieron alrededor de 200 hombres y hubieron de retirarse en desorden a Talcahuano, retirada que Quintanilla protegió eficazmente con sus tropas, las cuales mantuvo en todo momento en férrea formación de batalla.

### **Gobernador y comandante general de Chiloé**

Quintanilla embarcó en la fragata *Palafos* y se dirigió a Chiloé a hacerse cargo del gobierno y de la Comandancia General, cargos y servicios que fueron los últimos que desempeñó en el ejército realista de Chile.

Una vez llegado Quintanilla a Chiloé, sucedió que el anterior Gobernador, Coronel don Antonio Justis, quien había presentado su renuncia al Virrey con anterioridad y en base a ella había ido designado en su reemplazo el Coronel Quintanilla, se arrepintió de su anterior determinación y trató de provocar a éste para que ejercitase alguna acción violenta en contra suya antes de la entrega del mando; Quintanilla se dio cuenta de la maniobra pretendida por Justis, evitó todo altercado o acción violenta y finalmente lo enfrentó exigiéndole categóricamente decidir si cumpliría la orden del Virrey o si se negaría a ello. Justis se vio obligado a hacer entrega del mando y a dar a conocer a Quintanilla en sus cargos de Gobernador y Comandante General.

Una vez en posesión de ellos Quintanilla aceptó los desafíos a que públicamente lo había invitado Justis y le devolvió los insultos que éste le había prodigado, pero Justis no aceptó el reto y le pidió perdón por sus acciones dándole toda clase de satisfacciones; Justis se embarcó de regreso a Lima en el mismo buque que había traído a Quintanilla a Chiloé.

Tan pronto se hizo cargo de la Gobernación de Chiloé, Quintanilla inició los preparativos para la defensa de la isla, para cuyo efecto sólo contaba con escasamente dos-

cientos fusiles anticuados y un resto de armamento malísimo; la guarnición de los fuertes y puertos estaba a cargo de algunas compañías de milicias que se alternaban en su custodia, no existiendo ni un real en tesorería para pagar los sueldos; los pagos se realizaban por medio de bonos o billetes que los oficiales y los soldados sólo lograban convertir en dinero a través de grandísimas pérdidas, ya que por cada duro que cambiaban no recibían más de uno o dos reales de parte de los comerciantes, quienes, a su vez, los canjeaban a alguno de los cuatro usureros que comerciaban en la isla, los que, cuando reunían una cantidad apreciable de tales bonos o billetes, tomaban un libramiento que enviaban a Lima para ser pagado allí contra "el situado" de sesenta mil pesos que debería haber sido enviado a Chiloé, pero que en realidad había dejado de funcionar hacía varios años. Quintanilla nos explica cómo tal expoliación no llegaba a consumarse: "Felizmente no se pagaban en Lima estos libramientos porque, de haberlo hecho, se habrían hecho, cuatro usureros, poderosos".

Una de las primeras determinaciones de Quintanilla fue ordenar quemar una goleta que el anterior Gobernador Justis estaba construyendo para fugarse de Chiloé en caso de ser atacado. Quintanilla manifestó a los pobladores que él moriría con ellos, antes de abandonarlos.

Reemplazó el sistema de compañías rotativas de milicianos voluntarios por un batallón estable, a cuyo mando colocó al comandante Saturnino García y a algunos oficiales que había enviado el Virrey, más otros oficiales criollos promovidos de entre los soldados veteranos; el batallón fue equipado con 200 fusiles enviados por el Virrey, los que, aun cuando eran de pobre calidad, aventajaban sobradamente a los existentes en la isla.

No obstante los reducidos medios disponibles, Quintanilla se dio maña para reclutar y preparar dos compañías, las que despachó a Talcahuano para reforzar los

efectivos que tenía Ordóñez para defender dicha plaza.

La escasa disponibilidad de fondos con que contaba Quintanilla provenía de los derechos de aduana que pagaban algunos buques extranjeros que recalaban en la isla, más lo producido por la venta de terrenos "realengos"; de allí que a falta de efectivo monetario para cancelar los sueldos de la tropa recurrió al arbitrio de pagar en efectivo sólo un duro mensual por cabeza, más el reparto de patatas y trigo recolectados del pago de los diezmos por parte de los habitantes, cuando tales pagos se efectuaban. A los oficiales les estableció: seis duros a los subtenientes, ocho a los tenientes, diez a los capitanes y doce a los jefes, incluido el mismo Quintanilla, quedando dichos oficiales excluidos de los pagos en especies.

A fin de incrementar el tráfico marítimo con la isla, Quintanilla levantó la prohibición existente para que las naves extranjeras comerciaran con Chile; para evitar la especulación prohibió el pago con billetes, a la vez que estableció que el pago de los derechos aduaneros fuese rebajado al 30%, derecho que los barcos deberían cancelar en especies y no en dinero. Los pagos de retorno a las naves por sus mercaderías se realizaban en maderas de la isla, las que, a más de ser abundantes, eran muy apreciadas. Los efectos de tejido se daban en pago a la tropa para que los soldados mismos se confeccionaran camisas y vestuario.

Quintanilla estableció que mensualmente sus ministros presentasen a Tesorería una relación de las especies recaudadas, tanto en dinero como en víveres y mercaderías, relación que era expuesta para público conocimiento, conjuntamente con las cantidades que correspondía a cada soldado y a los funcionarios con derecho a sueldo, incluidas las viudas y los retirados. Dice Quintanilla: "Semejante proceder me acreditaba de pureza y justicia". La fuerza militar recibía instrucción y ejercicios diarios y su armamento se mejoraba continua-

mente en base al material que Quintanilla adquiría en los buques extranjeros que recalaban a los puertos de la isla.

Y sus esfuerzos no sólo se limitaron al incremento de la fuerza militar terrestre. También creó una pequeña fuerza naval, pues la estimaba indispensable para la defensa de la isla; para el efecto señalado dispuso que cada uno de los seis "partidos" en que estaba dividida políticamente la isla debería construir una lancha cañonera con sus propios medios (ya que en la isla existían buenos carpinteros de ribera), proporcionándoles Quintanilla el hierro; una vez construidas, las lanchas fueron enviadas a San Carlos de Ancud, donde procedió a armarlas con cañones montados sobre colizas, procedimiento éste que ya le hemos visto emplear en el río Bío-Bío con ocasión del ataque a la ciudad de Concepción.

Así las cosas, Quintanilla nos explica que a más de los lógicos tropiezos que encontraba para cumplir su labor, debido a la carencia total de medios, se le presentaba la desmoralización causada por la falta de ascensos, ya que en la isla no se libraban batallas como sucedía en el Perú, en donde a menudo se les presentaban a los soldados ocasiones para ganar premios y ascensos, consideración que le movió a presentar su solicitud de relevo para pasar al ejército en el Perú, "...fundando mi pretensión, como suele hacerse, en falta de salud", el virrey Pezuela le contestó el 3 de mayo de 1820, elogiando su desempeño e instándole a vencer el lógico decaimiento que le suponía por no haber recibido los refuerzos que le habían anunciado desde España (y que nunca llegaron, debido a la sublevación del ejército expedicionario en la isla León).

A todo esto (5 de febrero de 1820), Cochrane había tomado por asalto la plaza de Valdivia y sometido a todas sus fortificaciones, incluidas las de Corral. Una vez en posesión de Valdivia, Cochrane, extremando su audacia al pretender tomarse la isla de Chiloé con fuerzas inapropiadas, zarpó

desde Corral con las goletas *Dolores* y *Moctezuma*, transportando un destacamento de 160 hombres al mando de Miller, y con dichas fuerzas se presentó ante la bahía de Ancud el 17 de febrero.

Quintanilla, que —como ya hemos visto— poseía notables condiciones como organizador, había reforzado con dos compañías la guarnición del principal fuerte con que contaba (Agüi), que protegía por el norte el ingreso de naves a la bahía de Ancud, a la vez que había ordenado cerrar con un muro la gola o acceso terrestre al citado fuerte, medida muy acertada pues con ello suprimió el punto débil de tal tipo de fortificación, debilidad que las fuerzas de Cochrane supieron aprovechar exitosamente en la toma de Valdivia y de sus fuertes. La que podría llamarse una reserva estratégica de sus fuerzas la mantuvo Quintanilla directamente bajo su mando, con el propósito de concurrir con ella a reforzar el punto sobre el cual el enemigo descargase su ataque principal, ya fuese el fuerte Agüi o bien el poblado de San Carlos de Ancud, sito en la península sur de la bahía del mismo nombre.

Miller desembarcó en el extremo norte de la bahía, tomó con facilidad una fortificación provisoria que había en punta Corona, cuyos defensores la abandonaron replegándose hacia Agüi, y enseguida avanzó sobre dicho fuerte; visto lo anterior, Quintanilla resolvió embarcar sus fuerzas de reserva en botes protegidos por una de sus lanchas cañoneras y acudió a Agüi para atacar al enemigo por su retaguardia; tal intención no alcanzó a materializarse pues la fuerzas que defendían el fuerte Agüi, bien protegidas tras el parapeto de la gola que había ordenado levantar Quintanilla, diezmaron con sus fuegos a los atacantes produciéndoles fuertes bajas, resultando incluso herido Miller con tres balas en una pierna. El ataque se dio por fracasado y las fuerzas atacantes se retiraron a Corral.

A raíz de la toma de Valdivia, su Gobernador, Montoya, se había replegado con

las fuerzas restantes hacia la isla de Chiloé; tan pronto Quintanilla tuvo conocimiento de tal propósito cruzó el canal Chacao y se reunió con los jefes españoles en Carelmapu, en donde los convenció que regresasen a reforzar la guarnición de Osorno para luego retomarse Valdivia, "...que había sido abandonada sin una resistencia debida y poniéndoles por ejemplo lo que habían hecho los chilotos bisoños en la defensa de su país". Posteriormente, al ser derrotadas estas fuerzas por Beauchef en El Toro, sus restos regresaron a Chiloé, desde donde Quintanilla los remitió a Lima para reforzar las fuerzas del Virrey, excepto las tropas de caballería que retuvo a su mando integrando un escuadrón que destinó a proteger Carelmapu.

En 1823 recaló en la isla el bergantín-goleta *Las Dos Hermanas*, procedente de Guayaquil y que había zarpado desde dicho puerto con destino a California, pero cuyo contra maestre, el genovés Mateo Reineri, se había sublevado en alta mar y cambiado su rumbo a la isla de Chiloé, en donde entregó la nave al Coronel Quintanilla. Este la declaró buena presa, dividió el cargamento de ella por mitades entre su tripulación y el real erario, y como la nave era nueva y de buen andar determinó destinarla al corso con el nombre de *General Quintanilla*.

En sus memorias, Quintanilla manifiesta que con ocasión de la entrega de este buque un comerciante honrado y muy amigo suyo le propuso que pusiese en venta la nave, la cual el adquiriría como el mejor postor para una vez dueño del buque solicitarle armamento, municiones y una patente provisoria de corso, y que una vez concedidos éstos y previa cancelación de su importe por parte del adquirente, éste le interesaría (a Quintanilla) en el 50% de las utilidades que obtuviese como armador en las operaciones de corso. Agrega Quintanilla que la operación que le había sido propuesta, aun cuando estaba autorizada por la ley e incluso conociendo que nadie podría sospechar su beneficio en las presas, la recha-



zó de plano, contestando al ofertante, don Dionisio Montaneda:

“...yo no he venido aquí a hacer caudal, sólo tengo dos camisas y mi equipaje tan pobre como el del soldado más infeliz. Mi objeto es proporcionar recursos para mantener las tropas que defienden la provincia y el buque lo voy a armar en guerra por cuenta del Estado, y sus presas serán divididas lo que produzcan entre los apresadores y el real erario”; termina diciendo Quintanilla: “El comerciante contestó: será Ud. siempre pobre”.

Quintanilla armó en guerra la goleta “...con dos cañones largos de a 8, sobre correderas, a proa, y 8 cañones cortos dispuestos a popa y en las bandas”; le proporcionó la dotación necesaria de marineros, más una guarnición de 16 soldados y un oficial; la dotó de víveres y municiones, la bautizó con el nombre de *General Quintanilla* y la puso al mando del mismo contra-maestre Mateo Reineri (Magnesi, según Quintanilla), a quien impartió instrucciones para hacer el corso.

El buen éxito obtenido en las acciones de corso por esta goleta proporcionó a Quintanilla, a poco de iniciarse éstas, entradas suficientes como para financiar todas las actividades bélicas del resto de la guerra en la isla de Chiloé; en efecto, las presas capturadas por el *General Quintanilla* representaron la suma de 296.057 pesos y 7 reales, con la que se pudo pagar en parte los sueldos de las tropas y milicias, lo que no sólo permitió a aquéllas atender a su propio sustento y al de sus familias sino que, por su intermedio, activar la economía de todos los pobladores de la isla, ya que eran éstos quienes proporcionaban los víveres para las tropas y la mano de obra para desarrollar la defensa, actividades que se pagaban con lo producido por el corso.

Las acciones de corso de la goleta *General Quintanilla* fueron incrementadas con las desarrolladas por el bergantín *General Valdés*, apellido del jefe del ejército español en el Perú con el cual Quintanilla rebau-

tizó al ex bergantín inglés *Lapuy*, de 12 cañones, que se le presentó en Ancud, al cual le habilitó bandera y patente de corso. El *General Valdés* apresó en las costas del Perú a la fragata *Mackenna*, que transportaba 300 hombres de tropa y la plana mayor del ejército de Santa Cruz que fuera derrotado en Moquegua por el ejército español. La fragata *Mackenna* recaló en la isla de Chiloé, no así el bergantín *General Valdés* que naufragó debido a un temporal a la altura de la citada isla, sin lograrse salvar ninguno de sus tripulantes

Compró Quintanilla un bergantín, *El Chilote*, lo armó con un cañón giratorio a proa y en él envió al Perú al escuadrón de caballería que había formado con los restos del ejército real en Chile. En otro bergantín envió también al Perú los restos del ejército con el que el Coronel Benavides había combatido en Arauco.

Así las cosas corría el año 1824, y siendo Director Supremo de Chile el General Freire, dispuso éste la organización de una escuadra y de un ejército expedicionarios para invadir la isla de Chiloé, derrotar con ellos al jefe realista de la misma, Coronel Quintanilla, y anexarla al gobierno de Chile, evitando con ello la realización de su proyectada anexión al Perú, conforme ya lo había hecho saber Bolívar. El 1º de marzo zarpó desde Talcahuano una escuadra integrada por la fragata *Lautaro*, las corbetas *Independencia* y *Chacabuco* y los transportes *Valparaíso*, *Pacífico*, *Ceres* y *Tucapel*, a los que se agregaron en Valdivia la corbeta *Voltaire* y el bergantín *Galvarino*. El 16 de marzo se hizo a la mar, desde Corral, la indicada fuerza naval conduciendo a su bordo un ejército de 2.149 hombres al mando del Director Supremo General Freire, quien llevaba como su Jefe de Estado Mayor al General Luis A. de la Cruz y como jefes divisionarios a los Coroneles Pereira, Rondizzoni y Beauchef.

Freire tenía la falsa idea de que Quintanilla estaba ansioso por rendirse en cuanto encontrase una fuerza superior; además de

este error cometió otro estratégico al enviar al grueso de su fuerza a desembarcar en Dalcahue, con la intención de retornar por tierra hacia Ancud y atacar por la retaguardia a las fuerzas de Quintanilla impidiéndoles la retirada. Quintanilla, que vio desfilar la escuadra por el canal Chacao y luego tomar rumbo al sur, interpretó acertadamente la idea de maniobra de Freire y despachó fuerzas de avanzada por tierra hacia el sur, saliendo él mismo en esa dirección. Eligió la laguna de Mocopulli para parapetar sus fuerzas, 300 milicianos con un cañón de montaña, laguna que se encuentra próxima a Dalcahue y en el camino que la une con Ancud. Desde la posición señalada efectuó un ataque sorpresivo sobre las tropas expedicionarias que habían desembarcado al mando de Beauchef, ocasionándoles fuertes bajas y siguiéndose a continuación un encarnizado combate de resultado indeciso pero que determinó la retirada del ejército expedicionario, con pérdidas de entre 250 a 300 hombres, y entre 120 y 200 de los efectivos de Quintanilla. El ejército invasor se reembarcó en Dalcahue y zarpó de regreso hacia el canal Chacao.

Quintanilla aprovechó la victoria de Mocopulli para levantar la moral de sus tropas y se replegó prontamente hacia San Carlos de Ancud, pues suponía, como en realidad sucedió, que la expedición invasora atacaría dicha ciudad.

Efectivamente, el General Freire decidió atacar San Carlos de Ancud por la retaguardia y para ello desembarcó en la ribera oriental del río Pudeto, pero como carecía de elementos para cruzarlo, sumado al hecho de que tenía informaciones sobre la próxima llegada de una fuerza naval española procedente de la península, resolvió suspender las operaciones y regresar al continente. Durante las operaciones relatadas las tropas expedicionarias perdieron, además de las bajas del combate de Mocopulli, la corbeta *Voltaire*, de 18 cañones, que encalló en bajíos del golfo de Carelmapu.

Tres días después de haber abandonado el ejército expedicionario de Freire la isla de Chiloé, arribó a ella el navío español *Asia*, de 60 cañones, y el bergantín *Aquiles*, de 22 cañones. Esta fuerza venía al mando de los comandantes Gurruceta y Pavía, a quienes Quintanilla puso detalladamente al tanto del estado y condición de las naves chilenas, las que probablemente deberían encontrarse en Talcahuano, puerto en el cual, según Quintanilla, podrían ser tomadas por asalto y capturadas, y para cuyo efecto éste, que conocía muy bien la zona, ofrecía embarcarse con 300 chilotes en el bergantín *Guadalupe* (una de las presas hechas por la goleta *General Quintanilla*), acompañar a las naves españolas y realizar un desembarco en San Vicente y en Tumbes para sorprender a las baterías que guarnecían Talcahuano; una vez capturadas éstas y los buques enemigos, Quintanilla proponía dirigirse sobre el puerto de Valparaíso y los demás puertos del litoral hasta llegar al Perú, sin dejar a los enemigos ni tan sólo una canoa.

Los jefes españoles rechazaron éstas y otras ideas semejantes, arguyendo que para ello necesitaban órdenes expresas del virrey del Perú. Tampoco aceptaron dar caza con el bergantín *Aquiles*, español, al *Galvarino*, revolucionario, que se encontraba en el archipiélago. En cambio pidieron a Quintanilla les facilitase las seis lanchas cañoneras para el abastecimiento de sus naves y para efectuar faenas de anclas; cuando zarpó la escuadra dejaron las lanchas en estado inservible y al bergantín *Guadalupe* lo enviaron al Perú, sin que Quintanilla volviese a tener noticias suyas. En resumen, el capitán Gurruceta, mientras permaneció en Chiloé, representó para Quintanilla un freno abúlico y un lastre dispendioso.

\* \* \*

Por el navío *Asia*, Quintanilla recibió una Real Orden del rey de España concediéndole el ascenso al grado de Brigadier, como asimismo un diploma por el cual se le

nombraba Comendador de la Orden de Isabel la Católica, todo ello en mérito a los servicios prestados a la Corona como Gobernador y Capitán General de Chiloé. Comenta Quintanilla en sus memorias que el virrey del Perú ya lo había nombrado Brigadier con anterioridad (cuya propuesta al Rey para dicho nombramiento seguramente éste aún no habría recibido de parte del virrey del Perú); de todo esto resultaba que, en teoría, Quintanilla habría sido nombrado Brigadier dos veces, (los Virreyes tenían facultades para conceder ascensos hasta el grado de Tenientes Generales).

\* \* \*

El 9 de diciembre de 1824 el triunfo de Ayacucho sellaba la independencia de América; esta noticia la recibió Quintanilla por medio de la balandra *Real Felipe* y de la fragata *Trinidad*, buques por medio de los cuales se la comunicaba el comandante de la fragata *Asia*, desde El Callao.

Las armas de España continuaron, no obstante, combatiendo durante dos años más, fuertes en El Callao y en la isla de Chiloé.

### **Segunda expedición de Freire. Capitulación de Chiloé**

La noticia de la derrota española en Ayacucho afectó fuerte y negativamente la moral de las tropas realistas de Chiloé, como era lógico que sucediera, y a pesar de que el Brigadier Quintanilla, como de costumbre, tomó efectivas medidas para contrarrestar el desánimo, como fue la dictación de conferencias a los oficiales –reiterándoles que necesariamente habrían de recibir los refuerzos enviados desde España– y, muy especialmente, disponiendo media paga de sus sueldos a todo el personal; no obstante ellas, pocos días después la tropa fue soliviantada por algunos oficiales, y mientras Quintanilla asistía a una invitación a comer, expresamente organizada por los rebeldes, fue tomado prisionero

y encerrado en el cuartel del regimiento en San Carlos de Ancud, juntamente con otros jefes y oficiales, especialmente aquellos de origen español.

El Capitán Pérez, jefe de la rebelión, se presentó ante Quintanilla y le explicó los motivos que ellos tenían, especialmente los militares de origen criollo, para no continuar la guerra contra el gobierno de Chile, explicándole que nada tenían en contra de su persona, a la que le aseguraban la más completa consideración. No obstante tal afirmación, Quintanilla y los demás oficiales prisioneros fueron trasladados presos a bordo de la balandra *Real Felipe*, en donde algunos soldados borrachos los amenazaron con darles muerte. Posteriormente, los amotinados resolvieron volar y echar a pique la balandra con los prisioneros a bordo; Quintanilla logró convencer a los guardias, los que finalmente se pusieron a sus órdenes y apresaron al oficial jefe de la guardia. Quintanilla, una vez que le fue entregado el mando de la nave, intimó obediencia al comandante de una lancha cañonera que ejercía vigilancia, como también al comandante del fuerte Agüi, quienes lo reconocieron como Gobernador General.

Repuesto en el mando y reconocida su autoridad por toda la oficialidad y la tropa, el Brigadier Quintanilla, que comprendía las razones que tenían los militares chilenos para manifestarse dubitativos sobre qué partido tomar en la contienda que se libraba, adoptó un procedimiento de clemencia para los comprometidos en el conato revolucionario, sin emplear las extremas sanciones que el caso requería, proceder que aquietó los ánimos y le restituyó el respeto y la consideración, tanto de sus tropas como de los pobladores.

Desaparecida la autoridad del rey de España en el Perú, Quintanilla trató de comunicarse con el General Olañeta en el Alto Perú, y con el General Rodill en El Callao, para cuyo efecto les despachó sendas comunicaciones y correos en la balandra *Real Felipe*, comunicaciones que no llegaron a

sus destinatarios porque el primero de ellos ya no existía y porque El Callao se encontraba bloqueado y la *Real Felipe* fue apresada por barcos peruanos. También despachó comunicaciones al cónsul de España en Río de Janeiro, informándole la precaria situación en que se encontraba y manifestándole su intención de que, no obstante ello, defendería Chiloé hasta el último extremo, pero suplicándole se le enviase armamentos y refuerzos desde España; el oficial enviado con dichos mensajes a Río de Janeiro regresó sin auxilios ni esperanzas de que pudiesen ser recibidos desde España.

En el intertanto, el Director General de Chile instaba a Quintanilla a someterse a las órdenes de su gobierno, ofreciéndole que si así lo hiciera sería nombrado General del Ejército de Chile, más una hacienda para su propiedad personal, ofrecimientos a los cuales Quintanilla respondió siempre con una tenaz negativa.

Así las cosas, el 27 de noviembre de 1825 zarpó desde Valparaíso el General Freire con destino a Talcahuano, en donde se le reunieron los transportes con tropas que había despachado con antelación (el Batallón N° 1), y luego en Valdivia el Batallón N° 2.

El 30 de diciembre zarpó desde Valdivia una escuadra comandada por el Almirante Blanco Encalada, integrada por un total de 15 naves que conducían un ejército de 2.475 plazas al mando de los coroneles Beauchef y Borgoño; comandaba toda la expedición el General Freire en persona (Quintanilla apreciaba que este ejército reunía alrededor de 3 a 4 mil hombres).

La idea de maniobra de la expedición chilena era efectuar un desembarco en la península Lacuí (ribera oeste de la bahía de Ancud), a fin de atacar por la espalda a las fortificaciones existentes en dicha península, incluido el fuerte de punta Ahui. El día 9 de enero desembarcó una partida de 70 hombres en Puerto Inglés y tomó los cuatro cañones que defendían punta Corona, sin

encontrar resistencia; ese mismo día en la tarde la escuadra fondeó en el citado puerto, desembarcando posteriormente las tropas en la bahía Guapilaco; desde allí las tropas se desplazaron hacia el sur de la península Guapi y de paso aislaron el fuerte Ahui, continuaron hacia el sur y se tomaron las fortificaciones de punta Balcacura, con lo cual quedó expedito el fondeadero para la escuadra al sur de la bahía de Ancud.

Al amanecer del día 11 el Almirante Blanco Encalada forzó la entrada a la bahía de Ancud, bajo el fuego enemigo, con pocos daños, fondeando al sur de la bahía bajo la protección de las baterías de punta Balcacura, capturadas el día anterior.

Ese mismo día, el teniente Oxley, del *Aquiles*, capturó por sorpresa una lancha cañonera de Quintanilla, muriendo al tratar de capturar una segunda lancha. Quintanilla desplazó todas sus fuerzas para oponerse a un avance desde el sur, apoyando un ala de ellas sobre el fuerte San Carlos y el ala izquierda sobre una selva impenetrable, mientras su frente dominaba desde un pequeño cerro.

La escuadra proporcionó las embarcaciones para que el ejército cruzase la bahía de Ancud hacia el sur, desembarcándolo en la playa Lechagüe. Mientras se realizaba el desembarco, embarcaciones de la escuadra al mando del comandante Guillermo Bell lograron capturar tres lanchas cañoneras; las tres restantes fueron inutilizadas y varadas por los españoles.

Con las lanchas cañoneras capturadas, reforzadas por embarcaciones menores artilladas, la expedición chilena inició un ataque sobre San Carlos desde el mar, mientras que simultáneamente el ejército atacaba desde tierra, acción conjunta que obligó a las tropas de Quintanilla a abandonar su ventajosa posición, alejándose del mar; este movimiento de repliegue facilitó el ataque de los chilenos, los que finalmente lograron que las tropas de Quintanilla se batieran primero en retirada y luego en franca desbandada.

Inútilmente pretendió Quintanilla detener el desbande sobre un puente, cuyo paso trató de impedir espada en mano; fue arrollado por las tropas en su huida y arrojado al barro, aun cuando respetado en su integridad e incluso ayudado a salir de tan incómoda posición.

Después del desbande Quintanilla sólo contaba con 150 soldados organizados, y reconociendo la inutilidad de toda resistencia se sometió a la unánime voluntad de los jefes y oficiales que aún conservaba a sus órdenes, que le instaban a ajustar una capitulación honrosa para las armas del Rey; en consecuencia, con fecha 18 de enero de 1826, el mismo día en que el Brigadier Rodill firmaba la capitulación de El Callao, el Brigadier Quintanilla firmaba la capitulación de Chiloé, entre cuyas cláusulas se establecía que:

— La provincia de Chiloé quedaba incorporada a la República de Chile;

— Se hacía entrega al General en Jefe Expedicionario de todo el armamento, municiones, banderas, baterías y pertrechos existentes en los almacenes, pertenecientes al ejército real;

— Todos los jefes, oficiales y tropas del ejército real quedaban libres para fijar su residencia donde les acomodase, pudiendo usar sus uniformes, espadas y sirvientes, por el plazo de dos meses;

— Los prisioneros de ambos ejércitos serían puestos de inmediato en libertad;

— Los empleados, corporaciones políticas y eclesiásticas, y los jefes y oficiales de los Cuerpos de Milicias de la provincia quedarían en posesión de sus respectivos grados, si desearan continuar en ellos, siempre que reunieran, a juicio del gobierno, las aptitudes necesarias para desempeñarlos.

\* \* \*

Dice Encina, en su *Historia de Chile*:  
Quintanilla se había ganado el cariño de los chilotos, por su rectitud y sus grandes

dotes de gobernante, y la estimación de sus adversarios por su conducta ecuánime y generosa. Freire y Borgoño lo invitaron a quedarse en Chile. Aunque quería al país, era un convencido de que jamás lograría organizarse políticamente y prefirió dirigirse a España con su familia".

\* \* \*

Quintanilla se había casado dos años antes, en Chiloé, "con una señorita de las familias más ilustres de la provincia, y cuyo enlace no propendió poco a obtener la simpatía de sus habitantes...", según nos relata en su autobiografía.

\* \* \*

Ya en España, Quintanilla se impuso que en la Gaceta de Gobierno había aparecido su ascenso, conjuntamente con el del Brigadier Rodill, Gobernador de El Callao, al grado inmediatamente superior al que disfrutaban, vale decir, al de Mariscal de Campo, "... en premio a sus servicios".

\* \* \*

Como hemos visto, el Mariscal de Campo Antonio de Quintanilla, de oficio comerciante, y militar por el imperio de las circunstancias, permaneció en el ejercicio de las armas en Chile desde 1813 hasta 1826 —año de la capitulación de Chiloé— habiendo obtenido sus ascensos, grado a grado —desde Subteniente Ayudante del Comandante en Jefe, hasta el de Mariscal de Campo— en mérito a su desempeño durante acciones de guerra.

\* \* \*

A la muerte del rey Fernando VII de España subió al trono la reina María Cristina, cambiando el sistema de gobierno de monárquico a constitucional e iniciándose un período de inestabilidad política. Durante este período, Quintanilla, al igual que los altos mandos militares de la época en Espa-

ña, desempeñó diversas Gobernaciones Militares, entreveradas con Comandancias Militares y tiempos de cuartel sin destinación efectiva, hasta que en 1839, en que se desempeñaba como Gobernador de la Plaza de Tarragona y Comandante General de la Provincia, se dispuso el reexamen de sus antecedentes militares y en base a ello se le confirió, en forma pública y oficial, el grado de Mariscal de Campo, grado que ya poseía por Real Cédula desde tiempo atrás, pero que no se había querido reconocer oficialmente.

El Mariscal Quintanilla pone término a sus memorias con las siguientes frases:

“Yo he cumplido 66 años de edad, ...y si como es muy regular me sobrevive mi esposa y mi hijo,... les ruego lean, particularmente a mi hijo, esta biografía de su padre y que la transmita a sus descendientes para que sepan que han tenido un progenitor honrado y que les da lustre por su categoría de General y sus servicios hasta llegar a esta clase”.

Y agrega: “Soy Mariscal de Campo, Gran Cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, Comendador de la Orden Americana de Isabel la Católica y condecorado con otras cruces por acciones de guerra”.

